

BREVE RESEÑA
DE LOS
HECHOS HERÓICOS

DE

D. Antonio Chover

en la batalla de Talavera de la Reina, el año 1809.



MADRID
IMPRESA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

—
1857

NA: 343892

R. 53.674



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN BASILIO
BIBLIOTECA

94 (460).061

BM/535

España - Historia - 1808 - 1814, Guerra
de la Independencia

HECHOS HERÓICOS DE D. ANTONIO CHOVER

BREVE RESEÑA
DE LOS
HECHOS HERÓICOS

DE

D. Antonio Chover

en la batalla de Talavera de la Reina, el año 1809.



IN VERITATE
LIBERTAS
UNIVERSIDAD SAN PABLO
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

MADRID
IMPRESA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

—
1877

BREVE RESENA

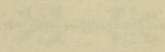
DE

HECHOS HEROICOS

DE

D. Antonio Claver

en la guerra de España de 1808 a 1812



MADRID

MADRID.—Est. tip. "Sucesores de Rivadeneyra".

Á S. M. el Rey Don Alfonso XII.

SEÑOR:

De inestimable valor son para la Nación y el Ejército las cenizas del Teniente coronel inválido D. Antonio Chover, héroe de la batalla de Talavera, modelo de virtud militar, abnegación y patriotismo. Séame permitido removerlas en la Dirección de mi cargo, como solemne tributo á la memoria del mártir cuyo temple de alma fué más grande que sus horrorosos sufrimientos.

Al presentar á V. M. el recuerdo de esta gloria nacional, tan disputada por la muerte en los campos de batalla, rindo un sentimiento de admiración al héroe y mártir, y otro de justicia al Cuerpo de Inválidos y al Ejército español, perpetuando en el asilo de la desgracia de sus hijos el ejemplo de valor digno de que sobreviva como preciada joya de sublime riqueza y caballerismo.

No ya sólo sus numerosas heridas; los nobles sentimientos mezclados de dolor en el corazón de este valiente militar, realzaron su figura en el campo de la gloria, socorriendo en su infortunio la desgracia de sus compañeros.

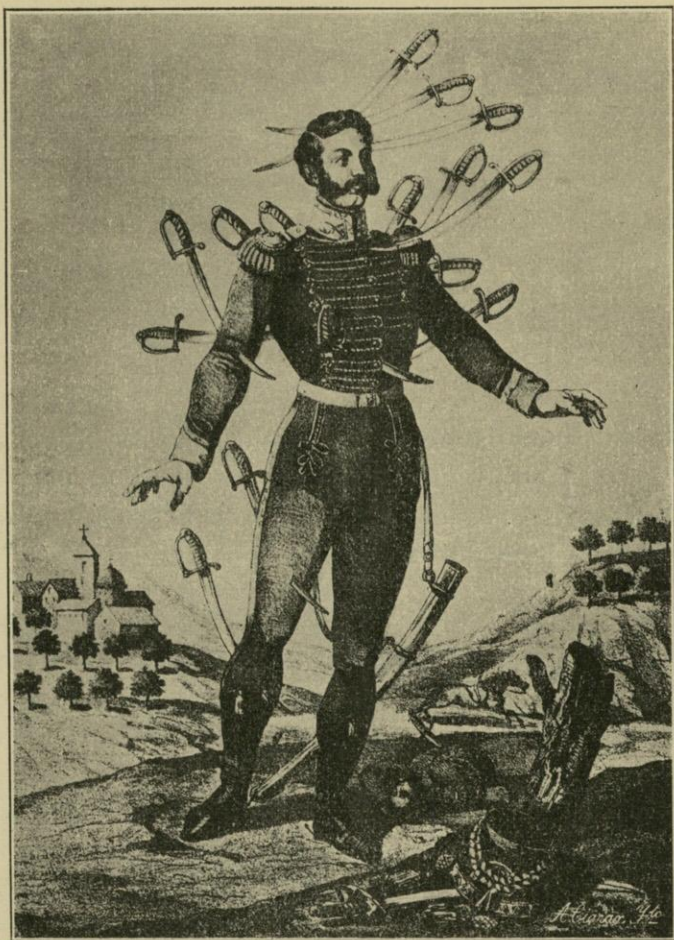
Es, pues, digno de la alta atención de V. M. este episodio nacional, que, levantando su regio corazón, elevará también el de todo español, para formar en las Armas, con su brillante modelo, émulos de tan inmarcesibles laureles.

SEÑOR:

A L. R. P. de V. M.,

El Teniente General,

Juan Zapatero y Navas.



D. ANTONIO CHOVER
Teniente Coronel de Caballería,

Se halló en la batalla de Talavera de la Reina en el año 1809, en la cual quedó por muerto á causa de las infinitas heridas que recibió y de las cuales se manifiestan algunas en la presente lámina. Falleció en Valencia á los 81 años de edad, en la noche del 2 de Mayo de 1858, en uso de Real licencia y perteneciendo al Cuerpo de Inválidos.

I

Cuatro días antes de aquel en que fueron humilladas las águilas francesas en los llanos de Talavera, el Ejército español, mandado por el anciano general Cuesta, pasó el río Alberche, después de haber hecho levantar su campo á las huestes francesas, establecido al frente de aquella población.

El sol brillante de Julio, con sus abrasadores rayos, caía á plomo sobre los campos inmediatos al Alberche, y en su margen derecha se desplegaban algunos Cuerpos de Caballería de la vanguardia del Ejército español, sosteniendo con tenacidad los vivos ataques dirigidos por una parte del Ejército francés, que se proponía hacer repasar aquel río á las tropas de Cuesta, que aquel día debían reunirse con el Ejército inglés, mandado por Wellesley, en Talavera. Varias guerrillas de dragones franceses empeñaron un vivo combate con algunas fuerzas, entre otras, del Regimiento de Húsares de la Granada; los soldados franceses trataron de arrollar aquel Regimiento, y desplegaron á este fin toda la impetuosidad y denuedo que suelen dar una casi constante costumbre de vencer y el renombre alcanzado en funciones, en su concepto, más difíciles: del fuego de las tercerolas pasaron al combate singular. Los hombres se encontraban cuerpo á cuerpo, y es difícil enumerar los hechos de valor que tuvieron lugar en aquel día memorable, quedando obscurecidos en el olvido nombres de guerreros valientes, ejemplo de constancia y heroísmo. Entre los soldados franceses se distinguía, llevando la muerte á todas par-

tes, un dragón á cuyo hercúleo brazo nada resistía, y que, eligiendo víctimas caprichosamente entre sus enemigos, cebaba su acero en los valientes españoles, que, antes que volver la grupa de sus caballos, perecían defendiéndose de sus golpes. Diez españoles habían rodado por el polvo, esgrimiendo sus armas hasta el último momento, en combate singular, sin poder poner obstáculo al orgulloso francés. Varia era la suerte en esta clase de pelea en toda la línea de guerrillas; sólo allí la muerte y el espanto vagaban entre los españoles. El décimoprimer enemigo osó medir sus armas con el dragón francés; un húsar de la Granada le acomete; pero, tan desgraciado como los otros, no logra herir á su contrario, y, parado sus golpes, recibe otro que le parte la cabeza é inhabilita la mano de la brida; el caballo, sin la sujeción que le gobierna y detiene, huye á la querencia del de su pareja, llevando todavía en la silla á su maltratado jinete; en la velocidad de su carrera es contenido por la mano poderosa de un joven Sargento, también de Húsares, que, equivocadamente, piensa que un soldado de su Cuerpo huye del enemigo; reprende á aquél por su cobardía; mas antes que su desgraciado compañero y subordinado pueda contestarle, se desploma del caballo, indicándole con la mano mutilada el francés que le había herido, pidiéndole venganza para sí y diez camaradas que hasta aquel momento habían perecido á sus rudos golpes. El Sargento, que se había apeado para socorrer al herido, lo deja, aunque sin esperanza de vida, arrimado á un árbol; ajusta las cinchas de su caballo, y, sable en mano, parte al escape á donde el francés ya escogía otra víctima; lo llama, lo provoca, y el dragón vuela como un rayo á castigar la osadía del imberbe enemigo que se atrevía á desafiarlo; los dos caballos se chocan, y una nube de polvo envolvió aquel terrible drama; de cuando en cuando brillaban las hojas del sable y la espada; esta lucha terminó por el último gemido de uno de los combatientes... El polvo volvió á su centro, y el dragón francés yacía en el suelo atravesado de una furiosa estocada; sus ojos, entreabiertos, parecían despedirse con rabia de un día de matanza, y su mano, crispada, empuñaba aquella terrible espada que había hecho correr tantos arroyos de sangre.

El sargento Chover había vengado con la vida de su adversario la de sus compañeros, honrosamente muertos en el campo de batalla.

Acosados los franceses por todo el Ejército español, pues los esfuerzos de la vanguardia dieron lugar á la llegada del resto de él, se vieron precisados á entrar en Talavera precipitadamente, y siendo perseguidos con pérdidas de consideración.

II

En aquel día se reunieron en los pueblos inmediatos á Talavera los Ejércitos inglés y español, debiendo darse la batalla, según opinión del General inglés, el día 23 de aquel mes de Julio; mas el General español se opuso á ello, razón por la que no tuvo efecto hasta el 26, en que, por una evolución del general Cuesta, se empeñó la batalla que cubrió de inmarcesibles laureles al Ejército aliado, y cuyos resultados hubieran sido decisivos si se hubiera aprovechado tan señalada victoria.

Los Húsares de la Granada ocuparon con alguna Infantería, después del encuentro del día 22, el pueblo de Cebolla, á una legua escasa de Talavera, en el que permanecieron hasta el indicado día 26, en que el general Cuesta, queriendo seguir y atacar al general francés Víctor, que en la noche del 25 se movió sobre Torrijos, retirándose de Wilson, que tenía sobre su retaguardia, empeñó el principio de la batalla.

En la madrugada del 26, para asegurarse el General español de los movimientos del enemigo, se verificaron algunas descubiertas, y para este servicio, á la una de la madrugada de aquel día, salieron de Cebolla diez caballos de Húsares de la Granada mandados por un joven oficial, en cuyo semblante estaba escrita la intrepidez y el más vivo deseo de llegar á las manos con los, en aquella época, tan aborrecibles franceses; marchaban en silencio, dejando oír tan sólo las pisadas de los caballos, que se dirigían por un olivar hacia el punto que creían ocupaba el enemigo; pró-

ximos á él, el oficial esparció sus jinetes en sitios convenientes para que observasen, dándoles sus órdenes, y cuando hubo establecido el último hombre, se dirigió solo á colocarse casi en el mismo margen del camino que conduce de Torrijos á Talavera; pocos segundos hacía se hallaba en aquel sitio, cuando vió pasar dos divisiones francesas, y después de éstas, varios Regimientos de Dragones y otro Cuerpo de 10 á 12.000 hombres, con cuatro Regimientos de Lanceros; á breve espacio, un torbellino de polvo le hizo fijar su atención, y descubrió al general en jefe francés Víctor, que, con su escolta y Estado Mayor, marchaba al galope en pos de sus tropas. Fiel el oficial á las instrucciones que llevaba, y queriendo informarse con todo cuidado, permaneció firme en su puesto, á pesar del inminente riesgo que corría de ser descubierto, hasta que nada pudo distinguir con su vista en toda la prolongación del camino. Ya se disponía á retirarse, cuando descubrió un oficial, que, llevando su caballo á medio galope, seguía al Estado Mayor francés que había pasado, y al que indudablemente pertenecía, pues llevaba uniforme de ayudante de campo. A la vista de un francés, el corazón del oficial sintió renacer el deseo de venganza; once camaradas habían sido inmolados por un francés algunos días antes, y aunque sacrificado aquél por sus manos para placir los manes de sus compañeros, toda la sangre francesa no hubiera podido saciar la pasión que le devoraba: saca una pistola de la funda, y de un salto se coloca en medio del camino. “Ríndete, francés, ó defiéndete para tener el placer de matarte”, le dice, cruzándose á su paso.

El francés, desenvainando su sable, contestó á la demanda lanzándose sobre él; el oficial español dispara á quemarropa, mas la pistola no da fuego, y recibe una terrible cuchillada en la cabeza que le parte la oreja izquierda y el hueso á que ésta se halla unida; á tan rudo golpe cae del caballo, pero su valor no le abandona, y el coraje le conserva el sentido; se levanta y desenvaina también su sable. “No creas, le dice bramando de cólera, que has concluído; echa pie á tierra, y aunque estoy tan mal herido, con más igualdad terminaremos la contienda.” El francés, no comprendiendo sin duda la poca nobleza de su acción, y acalorado,

se arroja de nuevo á él y le secunda otra cuchillada, partiéndole la paletilla izquierda. El húsar se precipita hacia su enemigo, escondiendo la acerada punta de su corvo sable en el costado derecho de éste, por el que se corrió hasta asomar por debajo del brazo izquierdo, quedando firmemente asido á su contrario; los dos estaban casi agonizantes, pero el encono les daba fuerzas; el francés pugnaba por desasirse del húsar vanamente, para herirlo de nuevo, inundándolo con los torrentes de sangre que arrojaba por la boca; su adversario le apretaba en sus robustos brazos, hasta que medio ahogado lo derribó inerte de la silla. ¡Horrible espectáculo!... Aquellos dos hombres, sangrientos y destrozados, representaban dos naciones á las que todo lo sacrificaban, sosteniendo, sin ofensa particular, un duelo á muerte sangriento y terrible.

Sin embargo, aunque estos cuadros de la guerra signifiquen un estado de desorden y de injusticia aborrecible, nunca la sociedad podrá avenirse á una paz duradera, ni sus cuestiones podrán arreglarse parlamentariamente, y, en este caso, las armas habrán de seguir siendo la carrera de la gloria, aquella en que más se pone para el bien de todos y á la que más debe la Patria, pues á tan sagrados objetos sacrifica su existencia el soldado.

III

El tiempo era precioso y el oficial español quiso aprovecharlo, apoderándose del caballo del francés para retirarse á su campo, pues el suyo había huído durante el combate; mas el pie de su agonizante enemigo estaba engargantado en el estribo, y se hacía imposible sacarlo de él; los momentos se hacían críticos, su salvación dependía de una pronta resolución; cruel fué la adoptada en tan angustiosos momentos, pero indispensable; se apodera del sable de su enemigo, cuya mano lo apretaba con la crispación de la agonía, y con él le amputa por más arriba del tobillo el pie que era obstáculo á su retirada. Se apodera del caballo, pasa la brida y quiere ganar la silla, mas todo fué en vano; la sangre que perdía, y de la que estaba cubierto, le había debilitado; la herida de la paletilla le privaba manejar el brazo izquierdo y apoyarse para montar; la luz desaparecía á sus nublados ojos, y hacía esfuerzos inauditos para alejarse de aquel paraje, tinto en su sangre y la de su destrozado enemigo; sin embargo, toda su constancia y voluntad fueron inútiles, y el ruido de algunos caballos, que sintió cercanos, concluyó de desanimarlo en la única esperanza de salvación que le quedaba. Apoyado en la perilla de la silla de su enemigo, y teniendo á éste ya cadáver á sus pies, esperó, sereno y resignado, la llegada de los jinetes que había sentido.

Rodeado un momento después el oficial español por el brillante Estado Mayor del general Víctor, pues éste en persona era el que llegaba, acompañado también de una numerosa escolta de

húsares, fué interrogado para que explicase la sangrienta escena que demostraba aquel sitio. En medio del más profundo silencio, con todo el orgullo nacional y dignidad de un soldado español, el oficial repuso al General que le preguntaba :

—Ese hombre que está ahí tendido ha sido muerto por mí; peleamos como caballeros, y á pesar de la ventaja con que lo hizo, pues se encontraba á caballo y yo pie á tierra, la suerte le fué adversa y sucumbió; las heridas de ambos aseguran mis palabras, que además garantiza el nombre de un soldado español. Muerto mi enemigo en buena ley de honor, espero se me conceda la suerte de prisionero que me corresponde por el derecho de la guerra.

El General hizo un signo de asentimiento y dió algunas órdenes; un húsar tomó el caballo del oficial muerto, y cuatro se colocaron á la espalda del español; éste estudiaba su sentencia en la fisonomía del General, pero un agudo dolor que sintió en la espalda le hizo volverse, mas no tan pronto que dejase de ver la punta de un sable que salía por su estómago; al dirigirse tambaleando á sus asesinos, recibió otra estocada en el vientre, que le penetró hasta el ano, y cayó sin vida en tierra, recibiendo todavía quince heridas terribles. El General y su acompañamiento abandonaron aquel sitio, y los cuatro verdugos desnudaron al oficial español, que yacía muerto, en su concepto, dejándolo cubierto de heridas y sangre.

Eran las ocho de la mañana del día 26 de Julio de 1809; es decir, algunas horas después de este suceso, el fuego de 100.000 hombres en combate, las descargas de numerosos batallones y el estampido de la artillería, fueron la salva de honor del joven oficial español tan cruelmente asesinado.

IV

El general Cuesta tuvo este día que replegarse á espaldas del río Alberche, donde fué socorrido por algunos cuerpos británicos que le mandó Sir Arturo Wellesley. El 27 continuaron avanzando las tropas francesas, y el General español se retiró en buen orden hasta el campo de batalla elegido por Wellesley para los ejércitos aliados. No bien concluídos de formar éstos en su línea de batalla, se empezó de nuevo el combate: 35.000 infantes y 5.000 caballos franceses atacaron á los aliados; los españoles, como siempre, sostuvieron el buen nombre de sus armas, empuñadas por ellos en aquella época en defensa de los más caros objetos, de la independencia de su patria y libertad de su Rey, prisionero en Francia.

Uno de los Cuerpos que, como todos, lució por su valor en aquel día memorable, fué el de Dragones de Lusitania; colocado en la derecha de la línea, resistió frecuentes cargas, y á su vez las dió, con notable destrozo del enemigo. En una de éstas llegaron á envolverse con los franceses, y del confuso grupo que con aquéllos formaban salió como disparado un sargento español, cubierto de sangre, sin casco, rota la espada y pendiente de su muñeca derecha, con cuya mano se agarraba del arzón, pues de la izquierda le faltaban algunos dedos; el caballo, herido también, escapaba sin dirección y á su libertad, huyendo de las masas que le atemorizaban; en su rápida carrera tomó la dirección del pueblo de Cebolla, pero no bien alejado del campo de batalla, cayó muerto; el sargento se desenredó de los estribos, y sujetándose la cabeza, que llevaba

hendida de un mortal golpe, emprendió á la ventura el primer camino que se le ofreció, que fué el de Torrijos. Pocos pasos anduvo en él, cuando observó que un hombre, tendido en su orilla y cubierto de sangre, le hacía señas para que se acercase; se dirige á él, y reconoce al alferez de húsares Chover..., abrigado sólo por la camisa, y ésta empapada en agua, pues había llovido con abundancia; se señalaban en todas partes hasta veintiuna heridas que tenía; su cabeza, partida por dos anchas cuchilladas que le dividían parte del cráneo, la hacían monstruosa; otra, no menos profunda, en la oreja izquierda, le cortaba ésta y el hueso de la cabeza inmediato á ella; entre sangre coagulada y negra se medio descubría una profunda abertura que le interesaba el homóplato del mismo lado, teniendo atravesado el antebrazo derecho; la espalda, que apoyaba en el húmedo suelo sobre un lago de sangre, tenía seis estocadas mortales, sin contar entre ellas una que le atravesaba hasta el estómago, y la que, á la inversa, tenía en este sitio y terminaba en el ano; su barba estaba partida y el muslo derecho atravesado, y, por último, un balazo destrozó el tobillo de la misma pierna... ¡Increíble parece que un hombre tan despedazado pudiese existir! Pero este fenómeno se verificó, y el desgraciado oficial no sólo tenía vida para soportar su infortunio, sino para disputar palmo á palmo la muerte, casi segura, que con su seco dedo le indicaba los numerosos sitios por donde podía conquistar su sangriento cuerpo.

El sargento de Lusitania, acosado por la sed devoradora que padecen los heridos, secas sus fauces y desenchajado el semblante, sólo pudo preguntar al oficial dónde había agua, pues se ardía su garganta; éste le invitó á que le prestase ayuda para levantarse, asegurándole que, si lo conseguía, ambos irían á buscar la tan deseada agua y remedio, que encontrarían en un pueblo que debía de haber cercano. Débil era el apoyo que el sargento de Dragones podía dar al oficial; pero éste, unido á una fuerza de voluntad sin ejemplo, fué el suficiente para conseguir que ambos, apoyados entre sí, se encaminasen al pueblo de Cebolla, situado á un cuarto de legua de aquel funesto sitio.

V

Las calles de Cebolla se hallaban concurridas de soldados de todas las armas del ejército francés; las negruzcas y humosas casas de tan reducido pueblo estaban abandonadas de sus moradores y convertidas en alojamientos de 6.000 franceses, llenos del espíritu de destrucción que domina en los conquistadores; las puertas se hallaban forzadas, los techos hundidos y los pobres muebles y ropas de sus habitantes esparcidos y rotos, sin ser de provecho para nadie: el cuadro desolador de tanta desventura repugna á la humanidad y se resiste la pluma á describirlo.

Dos hombres cubiertos de sangre y heridas, casi arrastrando su mísera existencia, cruzaban parte del pueblo, sirviendo de befa y escarnio á los grupos de la soldadesca francesa, que se agolpaba para verlos y reirse inhumanamente de tan patético y lastimoso espectáculo; los sarcasmos groseros, las burlas y el más odioso encono eran los consuelos que experimentaban aquellos dos valientes; en las puertas, en las ventanas y en las calles, estos dos hombres de armas no hallaron una mano noble que les ayudase, ni un semblante generoso que les hiciese entrever el más ligero indicio de compasión, y, sin embargo, todos eran soldados, todos pertenecían á aquella honrosa clase que ostenta la generosidad inseparable á la profesión militar en todas las naciones y bajo todos los uniformes. Con las carnes destrozadas y presas de acerbo dolores, los dos heridos pudieron refugiarse en una ruinosa casa, completamente abandonada, que hallaron en un extremo del

pueblo; en ella, por una casualidad, y efecto acaso del mismo desorden que reinaba en todo él, encontraron un mal colchón y una vasija con agua; con ella saciaron su primera necesidad, y, lleno de noble generosidad, el oficial cedió al sargento el colchón, rogándole se echase en él, pues tenía por seguro que de hacerlo los dos, ninguno volvería á levantarse. Acostado el sargento, todavía era preciso buscar medio para abrigarse y algún recurso de curación para sus numerosas heridas. Con este objeto volvió á salir el oficial, no pudiendo hacer otra cosa que llegar á una casilla que había enfrente, también abandonada; en ella le faltaron las fuerzas, su vista se oscureció y un letargo le sumió en la postración más completa. La muerte en aquel momento hubiera sido para él un feliz remedio á sus padecimientos.

VI

Al amanecer el día 28 reinaba la mayor agitación en el pueblo de Cebolla; las cajas tocaban llamada, y los batallones franceses se reunían con precipitación; aquel día debía decidirse la jornada empezada con tanto empeño en los dos anteriores; la fuerza francesa, que pasó la noche en aquel cantón, lo evacuó, y fué á tomar parte en una de las divisiones que renovaron el ataque, tratando de tomar la altura que ocupaba el general Hill; pero apenas empezaron á subirla, fueron repelidas á la bayoneta con horrible mortandad. A las once de la mañana cesó el combate, hasta las dos y media, que el ejército francés hizo el último esfuerzo. En medio de un mortífero fuego de artillería, la Infantería francesa, formada en masa, verificó un ataque general; su Caballería se preparaba á maniobrar á retaguardia para completar la victoria, que creía conseguida con la irresistible carga dirigida á este fin; pero la suerte lo había dispuesto de otro modo. El general inglés Amson, al frente de dos regimientos de Caballería, carga á la masa francesa, que marchaba á su dirección á lo largo de la llanura; arrolla un regimiento de Cazadores, y aunque su arrojó le lleva demasiado lejos, viéndose expuesto con sus jinetes á ser destruído, tan brava carga contiene á los franceses, que hacen alto en su impetuosa marcha; repuestos, tratan de arrollar una división española á las órdenes de Bausecourt; pero, á pesar de su impetuosidad, son recibidos con denuedo, rechazados y perseguidos á la bayoneta por la brigada española del general Alejan-

dro Campbell. No fueron más felices en el ataque dirigido al centro de los ingleses; allí se presentaron en masa, y desplegaron sus batallones, antes de subir á la posición, con una precisión y arrojo dignos de soldados tan famosos; pero el teniente general Sherbrooke, que mandaba aquel punto, dispuesto á recibir el ataque, desordena al enemigo con nutridas descargas; aprovechando la confusión y espanto que había sembrado con ellas en las filas francesas, una carga á la bayoneta, verificada por toda su división, esparció la muerte en las filas enemigas, rotas y deshechas en todas partes; sólo su reserva conservaba algún orden; pero en breve fué cargada por la división de la guardia inglesa, que aunque, por haberse adelantado demasiado de la línea de batalla, se vió en algún conflicto, fué socorrida á tiempo por un batallón británico y la Caballería de esta nación, á las órdenes del general Cotton, tomando su puesto en la línea. Impotentes los franceses, y después de los más violentos esfuerzos, á las siete de la noche abandonaron el campo de batalla, dejando en él más de 10.000 hombres, 20 piezas de cañón y considerables despojos de armas y municiones.

VII

Desierto quedó el pueblo de Cebolla, y un silencio sepulcral dominaba en él; el estampido del cañón y las descargas de fusilería eran el único ruido que á lo lejos se oía; poco á poco fué debilitándose éste, y alguno que otro paisano vagaba con cautela por las calles, se acercaba á las puertas y procuraba escuchar si quedaban en él algunos franceses todavía: estos desgraciados eran los atemorizados habitantes, que iban volviendo para contemplar tristemente los estragos causados en sus pobres fortunas por el ejército enemigo.

Sosteniéndose en las paredes, y casi arrastrando, el desgraciado Chover se dirigía á la casa en que había dejado á su compañero de infortunio; todavía conservaba la vida, y ni la sangre perdida, ni el número y entidad fabulosa de sus heridas habían vencido aquella naturaleza de hierro; todavía era preciso que sufriese más en su cuerpo y en su espíritu. Desde el umbral de la puerta se ofreció á su vista su malhadado compañero, tendido y exánime en el sitio que le dejó; se acerca á él, y queda horrorizado; la sangrienta y postular cabeza del sargento presentaba una ancha herida, por la que se veían los sesos cuajados de gusanos; á tan tremendo aviso le flaquean las piernas, y está próximo á caer; mas su espíritu le contiene aún y le da brío para alejarse cuanto antes de aquel lugar. Logra llegar á la casa en que había pasado su primer letargo, pero una horrorosa idea se apodera de él; alza su camisa y mira espantado las heridas de su

vientre; en todas creía ver los roedores gusanos; las examina con cuidado, y su sangre quedó helada de espanto: en una de las aberturas del vientre asomaba un pedazo informe. ¿Será un intestino?... En él se mueven varios insectos, y un olor acre é insufrible se exhala de ella; este descubrimiento no apoca, sin embargo, su brío, y con envidiable calma acude al remedio de su mal. “La muerte, dice, no me encontrará abatido; yo disputaré mi cuerpo á la tierra lo que sea posible, y cortaré este pedazo de género desconocido que ha causado mi aprensión.” Con ávidos ojos busca por los ángulos del mísero cuarto que ocupaba un instrumento ó piedra con que practicarse tan dolorosa y aventurada operación... Siente pasos á la puerta; tiende los brazos hacia ella, y con débil voz pide auxilio; un joven de pocos años se le presenta; pero al contemplar tanta desdicha, ó acaso atemorizado, quiere huir, mas los ruegos del herido le detienen. El alférez Chover suplica al muchacho le preste un cortaplumas ó navaja, si tiene, y si no, que le haga la caridad de buscarlo, pues en ello le deberá acaso la vida. Diligente el joven, sale, y á breve rato vuelve con un cortaplumas. Lo toma Chover con mano segura, y con él, sin titubear, corta de un solo golpe el pedazo de redaña que, del tamaño de una manzana, asomaba por la herida, sin que él pudiese saber lo que se cortaba; la sangre corre de nuevo, y un desfallecimiento angustioso le hace caer sobre el colchón. El muchacho, que había contemplado atónito tan dura y pronta operación lleno de estupor, corre y se desvía de aquel hombre que creía muerto y de la casa que lo albergaba, que era la de su madre; avisa, sin embargo, á ésta y á otros convecinos, y todos acuden al sitio que el joven les indicaba: el oficial había vuelto de su congoja, y estaba sentado en el colchón. Rodeado por aquellas caritativas gentes, cuenta su triste historia, y pide algún alimento, pues hace ya más de cuarenta y ocho horas que no ha tomado nada. De todo se carecía en el pueblo; ni un pedazo de pan pudo, por lo pronto, ofrecerse á su necesidad; los franceses lo habían destruído todo, pero pudo hallarse un poco de chocolate; tomó de éste una pequeña cantidad, con que reanizó sus apuradas fuerzas; trata de curarse, pero esto es imposible; una botica, única que

había en el pueblo, había sido robada por los enemigos. Su posición es algo difícil, pero con la fuerza de voluntad que en todas circunstancias había manifestado, pregunta por el pueblo más próximo en que hubiese botica, y, liado en una manta que la caridad de la mujer de la casa le facilitó, después de tomar otro poco de chocolate, abandona á Cebolla, apoyándose en un palo, y emprende el camino de Val de Santo Domingo, distante media legua, y en cuyo punto le dijeron hallaría lo que necesitaba. Más de dos horas empleó en andar tan corta distancia, al cabo de las cuales llegó, por fin, al pueblo donde creía encontrar caridad y remedio; pero ; cuánto se engañaba!

Liado en su manta, fatigado y casi mortal, pregunta por el Alcalde, pero no le había y le encaminan á un regidor; este hombre, cobarde é inhumano, recibe á su compatriota lleno de miedo, y se niega á prestarle auxilio á tanta desdicha, bajo pretexto de que ocupaba el pueblo un destacamento francés, y si sabían se favorecía á un español herido, lo quemarían. Ni los ruegos ni la agonía del pobre oficial pudieron alcanzar conmiseración de este hombre ruin, que sólo se prestó con trabajo á indicar al moribundo Chover una casilla donde albergarse, en el confín del pueblo, haciéndole acompañar á ella. Difícil es describir tanto infortunio. La casa á que fué llevado el oficial estaba ocupada por dos mendigos, que huyeron de ella en cuanto éste entró, dejando, por no detenerse con tan repugnante compañero, olvidados algunos pedazos de pan seco, dos cazuelas y un cacharro con agua. Solo, abandonado á sus dolores y á su aflicción, el infeliz herido tendió la vista por la vivienda que se le concedía en un pueblo de su patria y por una autoridad española: unas negras y medio derruidas paredes, cubiertas por un mal unido techo, con profusión de polvo y telas de araña, y algunas pajas hacinadas, constituían el albergue en que debía morir, según todas las probabilidades, en medio de la desesperación y olvidado de todos. Aquellas cuatro paredes debían recoger el último aliento del joven y valiente oficial, lleno de vida y porvenir algunos días antes. ; Cuánta desesperación debía amontonarse en el corazón de aquel hombre! Allí debía morir de hambre y sed, si, por fortuna, sus heridas no le



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CELULAR

BIBLIOTECA

CELULAR

mataban antes, tan luego como el pan y el agua de los pobres, olvidados en aquel sitio, se acabasen. Pero hay una Providencia que vela por los hombres honrados y de corazón, así como esculpe con el fuego de su justicia en el rostro del malvado y del cobarde la señal profunda de la infamia para su eterna vergüenza. Esta Providencia veló las horas de Chover y le dió fuerzas y valor; esta Providencia le conservó la vida. Y si estos renglones son leídos por aquel que tan indiferente fué á la humanidad y á la patria, morirá de oprobio, causando un laudable escarmiento la publicidad de su delito.

El oficial devoró los pedazos de pan, apagó con el agua el ardor de la fiebre ocasionada por sus llagas; de una de las mangas de su rota camisa hizo un vendaje en forma de gorro para sujetarse el cráneo y la oreja; la otra la reservó para hilas, y del cuerpo formó un vendaje para el vientre; el resto de sus numerosas y ulceradas heridas quedaron descubiertas. La manta que poseía era todo su abrigo, y algunas pajas su lecho; su alimento en lo sucesivo fué del cuidado de una anciana caritativa y pobre, que partía la limosna que recogía por el pueblo con el oficial; sus medicamentos, agua, vinagre y sal, que le facilitaba la misma pobre mujer, con lo que lavaba sus heridas alguna que otra vez. La necesidad le hizo industrioso, y se preparaba refrescos estrujando agraz, que tomaba de una parra abandonada en el corral de la casa que habitaba, y mezclando este zumo con agua. Pero en su infortunio la miseria le acosaba; sus cabellos y barba habían crecido, y la sangre seca y pus le ocasionaban agudos dolores, y eran un obstáculo para la limpieza, tan ventajosa á este género de padecimientos; algunas esquiras desprendidas del cráneo, y cuyas astilladas puntas tocaba, las extraía con sus largas uñas. Mas ¿á qué continuar la perspectiva de tan repugnante cuadro? Baste sólo expresar que las heridas, la miseria, el hambre, la desnudez y el abandono constituían la existencia de este hombre de hierro, que sólo contaba para combatir sus males con su poderosa fuerza de voluntad y un valor y constancia acaso sin ejemplo.

Cuarenta y seis días pasó este mártir en tan negra desventura, sentado en las húmedas pajas que tenía en su obscuro y

pestilente cuarto; pues las heridas de la espalda le impedían otra posición, aumentándose así su horrible padecer. Después de mil ruegos y súplicas, pudo conseguir que el barbero del pueblo se llegase á la casilla que habitaba, y con las más sentidas razones le pidió aliviase su quebranto cortándole el pelo y la barba; pero sus ruegos fueron inútiles; el barbero, lleno de horror y repugnancia al contemplar tanta miseria, huyó del herido como podía hacerlo de un apestado. Un gitano substituyó al barbero, y éste, menos escrupuloso, armado de la pesada tijera que ocupaba diariamente en usos menos importantes, esquiló la cabeza y barba del herido, causándole numerosas cortaduras, que nada significaban, sin embargo, en un cuerpo tan lleno de otras más graves.

El poderoso astringente de la sal y el vinagre con que lavaba sus heridas obró el efecto que le es natural, y las llagas se iban cerrando maravillosamente; pero la estación se adelantaba, y el frío enervaba las pocas fuerzas y espíritu del enfermo. La casualidad le ofreció medio de acudir á esta nueva necesidad: algunos muchachos, por su espíritu travieso y curioso, á la par que generalmente sincero y generoso, solían llevarle pedazos de pan; uno de ellos le facilitó un poco de papel y un tintero, cuyo beneficio aprovechó para dirigirse al Cura del pueblo pidiéndole algunos trapos y ropa vieja con que abrigarse. Atendida su necesidad, el párroco, con las más exquisitas precauciones, para ocultar su caridad á los franceses, una noche en que, como todas, éstos estaban recogidos en la casa fuerte que les servía de cuartel, mandó al herido, por medio de la pobre mujer que jamás le abandonó, una peseta en dinero, una camisa, un calzón y unas medias negras, un chaleco blanco, una montera de paño pardo y unos zapatos, tan usados, empero, que tuvo que sujetarlos á sus pies con cuerdas. Desde el momento en que se vió vestido, aunque de modo tan raro, empezó á formar planes para abandonar aquel pueblo, teatro de su desdicha y sufrimiento; en efecto, empleó en un poco de pan y otras provisiones su reducido caudal, y al amanecer del inmediato día emprendió su marcha en dirección á Talavera. Apoyado en un grueso palo, llegó á aquel pueblo, ocupado por los franceses, con cuatro heridas abiertas todavía, dos en la ca-

beza y las dos del vientre; con sumo cuidado de ocultar su procedencia, pasó la noche en un medio derruido pajar, que le facilitó un aguacil, como pobre de solemnidad; al día inmediato siguió su marcha hasta Navalmoral, y así la continuó, curándose con sal y vinagre, y casi sostenido por la caridad pública, hasta Sevilla.

Con su ridículo traje, y en el estado que es presumible, se presentó al Excmo. Sr. Marqués de Palacios, entonces Inspector de Caballería, el que quedó admirado al contemplar tan lamentable infortunio y tanta constancia. Este General hizo á Chover un recibimiento honroso, haciendo los más pomposos elogios de su conducta, auxiliándole con dinero y ropas que le facilitó generosamente de su propio peculio. Inmediatamente Chover fué puesto en cura por hábiles facultativos, salvando la vida y consiguiendo la curación completa de diez y nueve de sus heridas: las dos restantes las conservará abiertas hasta su muerte.

EPÍLOGO

El ánimo benéfico de nuestra amada Reina, guiada en su niñez por el bondadoso corazón de su augusta madre, creó en 1838 un establecimiento de Inválidos, en que poder conservar las reliquias vivientes de sus Ejércitos; en este recinto del honor y de la desgracia un corto número de corazones sinceros y leales dirigen á Dios ruegos continuos por la felicidad de su augusta bienhechora y prosperidad de la patria, que, agradecida, concede un asilo á sus lástimas y algunos recursos para el alivio y cuidado de sus continuos dolores.

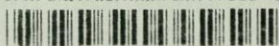
Entre el reducido número de desgraciados inválidos de Atocha existe un anciano venerable, que aunque lacerado por añejos padecimientos, espera tranquilo la muerte cercana que hace cuarenta y cuatro años le amenaza, con aquella calma y tranquilidad que proporciona una juventud pasada en los trabajos y penalidades de la guerra, y un estado, si no abundante, satisfecho y honroso. Después de setenta y siete años de existencia, de los que ha pasado bajo el uniforme sesenta y dos, y á pesar de los gloriosos sellos que ostenta en todo su destrozado cuerpo, todavía el capitán Chover, héroe de este episodio, el militar cuyas desgracias serán, entre las de otros, un ejemplo de decisión, constancia y valor para los oficiales del moderno Ejército, desde su asilo bendice á su adorada Reina y recuerda con satisfacción á su rey Fernando VII, enorgulleciéndose de haber derramado su

sangre en su servicio y por la independencia nacional. A él mismo he oído esta lamentable narración que transmito al público, y más bien á mis compañeros, sin ninguna pretensión, seguro de que la leerán con interés, causando en sus generosos corazones españoles la admiración de que es objeto este venerable anciano veterano entre todos los que le conocen y tratan, y admiran la conservación de su vida después de tan increíbles sufrimientos.

MARIANO JAMES.

Madrid, Mayo de 1853.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7076100

GM